

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 15 de Julio de 1897

Núm. 347

REUTLINGER



Pregonera de amor



Vida alegre y muerte triste

—Ginesillo, créeme... Tú acabarás mal, tendrás un fin trágico... Tus aventuras amorosas han de tener un desenlace funesto, si no es un día, otro... Créeme, Ginesillo...

El muy truhán soltaba la risa cada vez que oía esa mi predicción pronunciada entre bromas y veras.

El demonio del chico era un conquistador temible; un Tenorio cuyas verídicas conquistas esparcían la inmoralidad en el seno de las familias. Eso parecía imposible á primera vista; cuando por primera vez veía uno á Ginesillo, pues si bien no era éste feo de rostro y tenía unos ojos bonitos y muy expresivos, en cambio estaba dotado de un defecto que el observador más miope echaba de ver al momento. Ginesillo poseía sobre sus omoplatos una excrescencia notabilísima; una colina sobre cuya meseta superior habria podido sentarse cómodamente una criatura ya crecida.

Por regla general los jibosos no se dedican al arte de la seducción; se ve claramente que la naturaleza no los ha criado para eso; pero no hay regla sin excepción, y por excepción había salido Ginesillo un seductor de punta.

¿Que cómo lo lograba?... Pues sacando partido habilísimo de las demás circunstancias que le concediera el destino. Además de su fisonomía agraciada y melancólica, además de sus ojos azules, á un tiempo penetrantes y cariñosos, el chico tenía un espíritu rapaz y emprendedor. No... lo que es atrevido lo era, y todos sabemos la influencia extraordinaria que en la debilidad femenina ejerce la audacia varonil. Con frecuencia la virtud de la mujer se rinde á la brutalidad del ataque, sin otra razón que la de la osadía. Añadiré que Ginés era pacienzudo, chinche, elocuente, insinuante... y rico, muy rico, sabiendo echar el dinero con gran oportunidad y maestría. Si no fuera por el hondísimo respeto que siempre me mereció el recato del bello sexo, diría que este último argumento (el de la riqueza), haría inútiles los demás expuestos, para explicar lógicamente los triunfos amatorios de mi amigo.

* * *

El cual, nada discreto, ni reservado, hacía pública gala de sus éxitos y alardeaba de sus víctimas. Proceder muy poco caballeresco, sin duda, y que más de una vez le echamos en cara. Pero él contestaba con acento insolente preñado de recóndita amargura:

—Yo no soy caballero: soy jorobado ¿estamos?... Y lo que se trata de probar es que con joroba y todo, siendo para ustedes un objeto de compasión y de mal oculta burla, les gano y les venzo en lo que más halaga las dos pasiones predominantes del hombre: la lujuria y el amor propio ¿estamos?

¡Y cómo se engallaba el pícaro al decir eso!... La cabeza poníase altanera, el gesto provocativo y hasta la jiba tomaba así como una actitud conquistadora.

* * *

Con maquiavelismo infernal ponía el cerco á las honestidades y bellezas que más tentaban su vanidad y su codicia, sin descorazonarse ante los bufidos, los desdenes, las risas y las cóleras que provocaban sus primeros ataques. No diré que alguna vez no resultasen fallidas sus empresas, pero por cada derrota definitiva obtenía diez triunfos, y eran raras las mujeres por él acometidas que después de burlarse cruelmente de sus pretensiones no concluyeran por sucumbir.

Era yo uno de sus confidentes más íntimos, y me tenía siempre al corriente de sus trapicheos, porque según acabo de indicar, no fué nunca la discreción la cualidad característica de Ginesillo. Gozaba en referirme con gran lujo de detalles las fases de sus aventuras (tenía constantemente dos ó tres entre manos) y no trato de ocultar que más de una y de dos veces experimenté tanta sorpresa como envidia al saber el *feliz* desenlace de sus intrigas. Pues la justicia me obliga á confesar que si el temible jorobado no pecaba de delicadeza, tampoco podía culpársele de embustero.

—Pero maldito ¿cómo te las compones para causar tantas víctimas?—le preguntaba á cada nueva *tenoriada* de las suyas.

—Pues verás... con traza, con paciencia, con descaro... Además tengo un auxiliar poderosísimo, poco menos que invencible.

—¿Y es?

—El Banco de España.

* * *

Y puedo asegurar al lector que el número de dichas víctimas fué considerable. Una tras otra fueron sucumbiendo en el espacio de pocos años.

Del ramo de guerra cayeron: la mujer de un sargento, la viuda de un teniente, la huérfana de un capitán.

Del ramo de administración civil: la señora de un empleado de Hacienda, la de un funcionario de Gobernación, la hija de un investigador.

Del ramo judicial: la consorte de un juez cesante, las dos cuñadas de un actuario, la hija de un alguacil.

Del ramo de Instrucción pública: la esposa de un maestro de párvulos, una directora de colegio, la suegra de un profesor de griego, matrona muy bien conservada y apetitosa.

Del ramo industrial: la mujer de un comerciante en bacalaos, la de un droguero, las dos hermanas de un fabricante de pastas para sopa.

Del cuarto estado cayeron: dos modistillas, una zapatera, cuatro criadas de servicio, la mujer de un albañil, la de un guarda de consumos, la de un portero y dos operarias de fábrica.

Total: s. e. u. o. = 29 mujeres seducidas y apartadas de sus deberes.

* * *

—Ahora le estoy poniendo los últimos puntos al número 30—me dijo una tarde el incansable jiboso con expresión satánica.—Se resiste mucho, muchísimo... me da que hacer como ninguna; pero caerá... ¡vaya si caerá! Pues no faltaba más...

—¿Y quién es ella?

—¡Una hembra superior! ¡hasta allí! Joven, purísima, arrogante... con unos andares, chico, y unos ojos...

—¿Casada?

—Y con un hombre que es una fiera; un piloto enamorado y celoso como el moro de Venecia.

—¡Cuidado, Ginesillo, cuidado!... no te metas en berengenas... Los maridos concluirán por jugarte una mala pasada, y me parece que has tenido ya más de un susto. A ver si ese piloto te rompe el alma.

—¡Bah!... está muy lejos: creo que navega por los mares de la China; ya ves tú... y cuando vuelva por ahí, me parece que tendrá ya la cabeza adornada, y él sin saberlo, por supuesto.

Y añadió con su risita mefistofélica:

— Un jorobado es un ente ridículo ¿verdad, Juanito?... Pues mira, todavía son más ridículos ciertos maridos que yo conozco. Y si lo son, á mí me lo deben ¿entiendes? Así es que cuando me los encuentro en la calle ¡lo que me río, Juan, lo que me río!

* * *

A los quince días de cruzado este breve diálogo, tres presbíteros que pasaban por la calle de***, platicando tranquilamente, pegaron de súbito un salto enormísimo hacia atrás al mismo tiempo que exhalaban á coro un alarido espantoso.

Casi rozando con sus sombreros de teja, acababa de caer como un obús, junto á sus pies, sobre el empedrado, un bulto extraño, que al estrellarse en los adoquines despidió un sonido mate, siniestro.

La gente que se arremolinó luego en torno del bulto vió al momento que se trataba de un pobre jorobado, cuyo cuerpo yacía inerte, exánime, perniquebrado y craniabierto.

Media hora más tarde los mismos curiosos observaron como de la casa más próxima salía entre una escolta de policías un hombre alto, membrudo, de rostro curtido y pálido, en el que chispeaban dos ojos inyectados de sangre.

—¿Pero qué ha sido eso, qué ha pasado aquí?—preguntaban los transeúntes parándose y aumentando el compacto grupo de comentaristas y mirones.

Y no faltaba nunca media docena de *mirones* del vecindario para repetir con incansable complacencia la explicación del fenómeno.

—Pues una cosa muy sencilla. En este cuarto piso que usted ve, vive una mujer muy guapa que tenía un lío, á lo que parece, aunque nadie lo sospechaba. Ha llegado de pronto el marido, un piloto á quien se creía lejos, muy lejos, ha visto lo que ya puede usted figurarse, y nada... que al querido, que por más señas era jorobado, le han hecho dar un salto desde el balcón á la calle.

Tal fué el trágico fin de mi amigo Ginesillo y el desdichado término de sus grandes aventuras amorosas.
R. I. P.

JUAN BUSCÓN.



Cantares

Si los postizos se caen,
ya que tu mamá es postiza,
¡permítame Dios que se caiga
y que se rompa la crisma!

Por la afición al progreso,
que tienen hoy las mujeres,
decrece el ramo de azahar
y aumenta el ramo de higiene.

LUÍS LÓPEZ CANO

G. PAPPERITS



Lo que el amor las dice

Una hombrada

Á D. ENRIQUE PERIS SALCEDO

Y salió el bachiller de aquel estanco
llevando en el bolsillo
el pequeño paquete azul y blanco...
llegó al paseo, se sentó en un banco
y encendió con bravura el cigarrillo.
¡Era el primero! La primer chupada
le supo á hiel, y retirando presto
el papel de su boca sonrosada,
los ojos entornó con agrio gesto
al sentir la garganta lastimada.
Seguía el humo azul sus espirales
perdiendo poco á poco sus matices
y envolviendo los mirtos y rosales
y fatigando al joven las narices.
Tosió, escupió, pero cobrando brío
lanzó una interjección de carretero,
que el hombre ha de ser hombre lo primero,
y sentir la nostalgia y el hastío.
Así pensaba el bachiller en tanto
que miraba de *aquella* los balcones,
haciendo el humo que vertiese un llanto
que jamás le arrancaron las pasiones.
«¡Clarita me verá! ¡Pues ya lo creo!
Ayer me dijo que el que no fumaba
era un muñeco despreciable y feo
á quien ninguna joven estimaba.
—¿No me ves que ya voy casi de largo?

Soy una señorita
y tú has de ser un hombre. ¿Te haces cargo?
¡Pues ya está satisfecha mi Clarita!
Pero tarda en salir. Será su madre,
que me tiene una rabia la traidora,
ó habrá vuelto su padre
á comer á su casa, que ya es hora.
¡Demonio! Me mareo...
¿No podré resistir este pitillo?
¡Qué angustia tan terrible, pues si creo
que doy vueltas sentado en el banquillo!
Por fin salió al balcón. Otra chupada.
Ya me vió, lanzo el humo bravamente.
¡Dios mío, que cabeza tan pesada,
levantémonos pues...» Pero el valiente
no dió un paso siquiera
porque vino á caer cuan largo era
soltando de sus dedos el cigarro,
que se apagó en la arena del paseo,
y manchando de barro
el terno de los días de bureo.

Resumen del idilio: que á la chica
la entró de un mógicón su padre airado
mientras que á aquel galán tan esforzado
le daban un cordial en la botica!

JOSÉ M.^a DE LA TORRE

La profecía

Faltaste á tu promesa,
y aunque confieso
que ya no debería
sorprenderme eso,
por que es en tí costumbre
muy arraigada
prometer mucho y luego
no cumplir nada,
otra vez me has causado
gran pesadumbre,
que no me hago á la fuerza
de la costumbre.
Madrugué y fuí á la misa
que me dijiste
y parecióme el templo
triste, muy triste;
pues por más que dí vueltas
por las capillas,
y hasta miré debajo
de algunas sillas,
no tuve la fortuna
de dar contigo,
lo que me prueba que eres...
lo que no digo.
Ya el lugar de la cita
me chocó un poco,
pues si bien tus amores
me tienen loco,
no es mi locura tanta
que yo no vea
que es citarme en un templo
cosa muy fea.
La que á la iglesia asiste
con falso celo,

¿no ha de engañar á un hombre
si engaña al cielo?
Pero esto ayer mañana
no lo ví claro
y me costó no verlo
bastante caro.
Fuí al templo tempranito,
de madrugada,
y salí, no te asombres,
á la una dada,
después de oír más misas
que un monaguillo,
y de echar muchos *perros*
en un cepillo.
Y lo que más me irrita
contra mi suerte
es que, por fin de fiesta,
salí sin verte.
¡Diez horas en el templo!
Bien me decía
cuando me vió contigo
mi amada tía:
—«¿Estás enamorado
de esa muchacha?
Eso prueba que tienes
muy poca lacha.
Ya, si con ella sigues,
sobrino loco,
te lo dirán de misas
dentro de poco.»
Y fué verdad. Bien caro
pago el capricho.
¡Tuvo razón mi tía!
¡Ya me lo han dicho!

EUSEBIO SIERRA.

ARTURO J. ELSLEY



Para el que llegue primero

¡Solo entre muchos!

París, que es mi adoración, comienza á cansarme, precisamente cuando definitivamente me instalo en él.

Dirá usted que esto prueba un carácter voluble. No es eso. Es que París comienza á perder para mí su principal encanto. Conozco ya casi tanta gente como en Madrid, y esta abundancia de relaciones me aflige.

Para mí, París antes que la capital de Europa, antes que el centro de todos los progresos, de todos los negocios, de todos los recursos y de todos los placeres, era el desierto lleno de prójimos; es decir, una encantadora población, dentro de la cual yo no era ni representaba más que un número. Yo estimo en más la independencia que la salud.

Aun al público, que tengo que reconocer como señor único, ya que no pueda suprimirle, le evito. Ya sabe usted que hace cuatro ó cinco años no presencio mis estrenos. Irritado conmigo mismo al ver que una primera representación me dominaba, me atraía, me excitaba los nervios, resolví curarme, y lo logré. Dejé de ir, y esperé á que me trajeran á casa la noticia. Cuando ya conseguí esperar con calma, dí un paso más en mi conquista. La noche del estreno de mi *Ultimo adiós* me acosté á las nueve, y á las diez dormía. En la actualidad estreno á distancia de treinta y seis horas; y cada vez que reconozco haber vencido cualquiera de mis debilidades, me considero muy dichoso. Vencer á los demás no prueba nada.

¡Un hombre á quien todo el mundo conoce, y que conoce á todos, no es libre un solo instante de la vida!

Veinte años de literatura, política y vida social, ilustrados con retratos, biografías y caricaturas, y fomentados por una correspondencia inmensa que tengo la costumbre de mantener con mis amigos, han dado por resultado que de Cádiz á Irún me basta con asomar la cara por la ventanilla del vagón para que alguien me pregunte por la salud y por las comedias. De Madrid no hablaremos, pues ahí salgo á saludo por transeunte.

En París hay quien mata porque hablen de él. A mí me ha seducido siempre la vida de París, porque resuelve el problema de estar solo entre muchos.

Los hombres y las mujeres, vistos á distancia, son como las flores de los jardines, todas frescas, brillantes y atractivas; pero una vez hecho el ramo, ¡qué presto se marchita y cuán poco dura! El ramillete de nuestras afecciones nos marchita á nosotros. Yo conozco millares de personas, y apenas cuento con una mujer, con un amigo, con un defensor, con un agradecido. Tres mil individuos juntos aplauden mi comedia, y uno á uno me negarían, tal vez, pan para mis hijos, si hambriento mañana les tendiera la mano.

Aquí, donde no conozco á ninguno, todos me parecen amigos que no me han visto pasar y por eso no me saludan.

En París, yo no soy más que un transeunte. ¿Qué mayor dicha?

Así pensaba yo hace un año; y recordaba mis felices días de Burgos.

Durante dos veranos consecutivos he pasado en Burgos veinte días de tan deliciosa tranquilidad, que no los olvidaré mientras viva.

Con el mapa de España en la mano estuve estudiando en qué punto de la nación no

A un solo amigo.

tenía Burgos me fuí, y á una, entre posada y fonda, que hay frente á un cuartel de caballería. La casa tranquilísima, el alimento fuerte y sano, los cuartos dan á una plaza donde se alza un antiguo palacio... Hay en toda aquella parte de la población una calma incomparable.

A dos pasos están los magníficos paseos que forman los álamos y en los cuales no se ve más que la silueta de un cura de cuando en cuando. En aquellos paseos, y en la Catedral, y en la Cartuja de Miraflores, y en los sombríos arcos de la Huelgas, me pasaba yo las horas muertas, sin hablar con nadie, sin ser visto ni oído, ni observado de nadie, y después de un invierno agitadísimo de Madrid y producir un trabajo continuo que me había casi enervado...

Pero un día se me acercó un señor en un café, y me dijo:—¿Conque usted es Fulano? ¡Pues poquitas ganas que teníamos de conocer á usted! En aquella mesa nos reunimos... esta noche le enviaremos su tarjeta de socio del Casino...

Aquella noche me fuí.

¿Y á dónde, dirá usted? ¡A la montaña! De Burgos á Santander, y de Santander á un pueblecito que se llama Liérganes, famoso por el hombre-pep.

Me volví á Madrid buscando la fórmula de la soledad moderna, es decir, la del fraile sin serlo, ó lo que es lo mismo, el aislamiento en plena civilización.

Miguel de los Santos Alvarez me la dió, sin querer, una noche, en casa de don Juan Valera.

— Yo observaba — decía aquel ocurrentísimo amigo en un cuadro de literatos — yo observaba hace tiempo que cuando más gente hay en el Prado y apenas puede darse un paso, tropieza uno con dos ó tres perros sin amo, que no faltan nunca en las grandes aglomeraciones de gente. Y yo pensaba: ¿qué buscan aquí estos perros, en esta gran concurrencia de seres humanos que no les dan nada? Hasta que caí en la cuenta. Los perros buscaban la soledad. ¡Porque donde no hay más que personas, eso es soledad para los perros!

No eché en saco roto la observación. Yo he de irme, pensé, á una gran capital, de dos ó tres millones de habitantes, y en la cual, como los perros del otro, estaré muy solito.

Pero, no señor; no puede un hombre estar más acompañado.

En París hay, según datos oficiales, 37,000 españoles, de los cuales yo he visto ó hablado incalculable número en un año. Añádase á esta colonia, la parte de sociedad francesa en que vivo, que ha de invitarme á comer, á almorzar, á bailar, á ver casar, á ver enterrar, á ver bautizar, á oír discursos, á escuchar romanzas, ó á tolerar sandeces... y ¡adiós mis ilusiones! Ganas me dan de volver á mi solitario camino de Bayona, á mi cementerio de Anglet, cuyas tumbas, coronadas de flores frescas, me dan tanta envidia... ¡Oh! ¡El mundo!

Ayer había sobre mi mesa cuatro ó seis tarjetas de esas que los que empiezan á vivir buscan con tanto empeño aquí donde se desea más una relación que un billete de Banco...

— No, no iré — me decía yo midiendo á pasos el cuarto.

El frac estaba preparado sobre la cama, extendiéndome sus negros brazos... Este maldito frac por cuyas mangas han pasado tantos brazos mórbidos y por cuyos bolsillos han desaparecido tantos billetes de veinticinco duros... y todo ¿para qué? Para aburrirme, envejecerme, distraerme, emperezarme y desengañarme... No, lo que es esta noche no me tentarás, indigna funda de mi tiempo... A lo menos nuestros tatarabuelos vestían terciopelos y encajes, peluca y chorreras... No; te detesto, uniforme de criados y de mozos de café, quédate ahí, guárdate en el bolsillo las invitaciones de hoy y las de mañana.

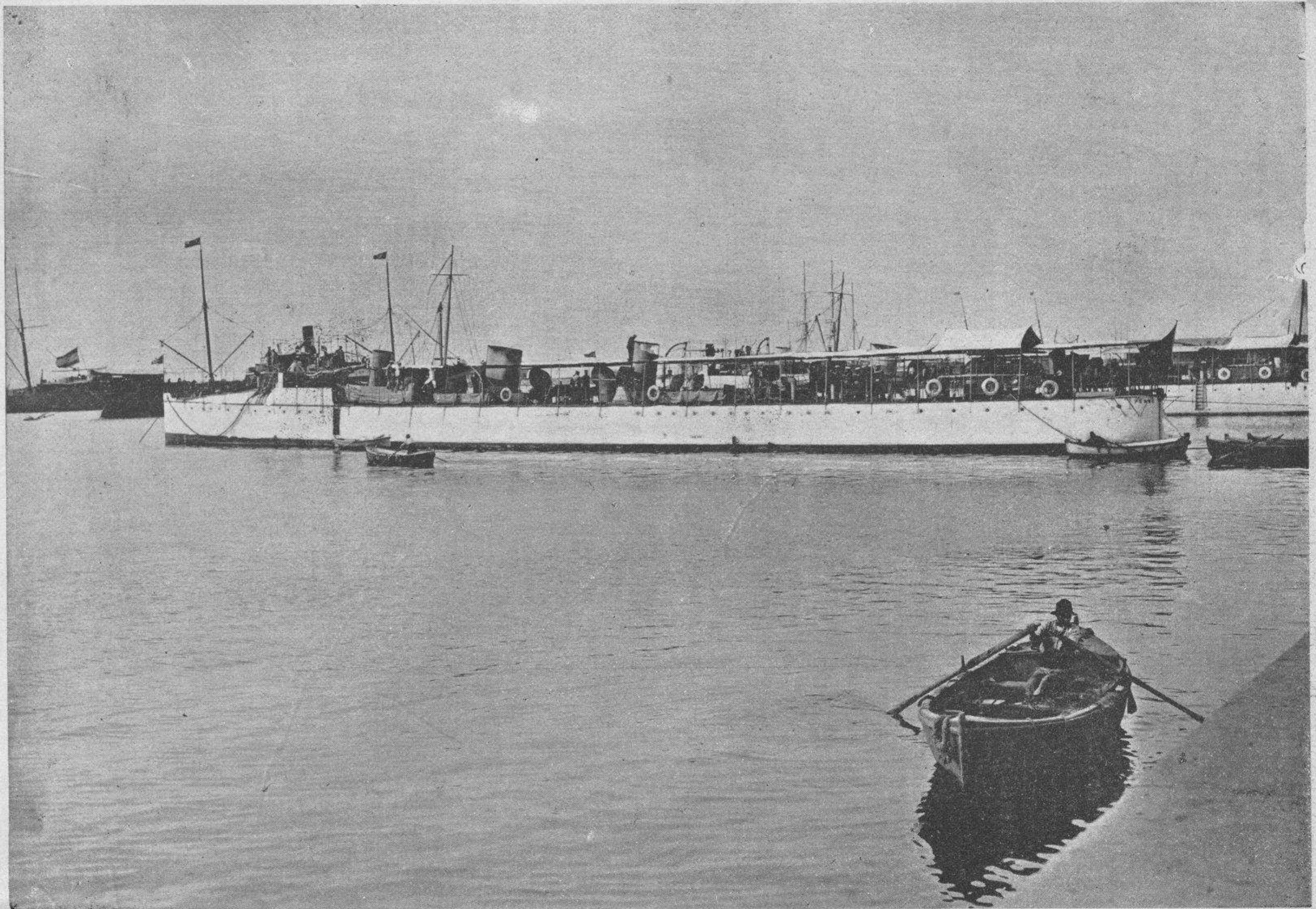
Salí dispuesto á hacer lo contrario de lo que debiera de hacer; encanto á ningún otro

JUAN BEAUDUIN



Pajaritos burlones

NUESTRA ESCUADRA





CAZA-TORPEDEROS «TERROR»
Recientemente construidos ambos en Inglaterra para la marina española

Fot. A. Merletti, hecha expresamente para LA SAETA

parecido. Encontré en la escalera á Luque, que tiene sobre los demás hombres la ventaja de no conocer á nadie y de acostarse muy temprano. Le cogí por un brazo, salimos á la calle, en el rincón de un puente compramos dos reales de castañas asadas, más sabrosas mil veces que el *sandwich* ó el helado de la marquesa ó de la generala, pasamos un puente; el Sena, mi buen amigo el Sena, llegaba casi hasta nosotros; entramos en pleno barrio latino, allí no había ni un amigo, ni un conocido; estudiantes, grisetas, obreros... un mundo de transeuntes sin nombre ni apellidos... Entramos en un teatrúcho á tiempo que salía un cómico á decir un monólogo. *El hombre solo*, dijo, anunciándolo, y yo me preparé á aplaudir. El monólogo ponderaba las desdichas de un hombre aislado, cantaba las excelencias de la vida comunicativa... ¡Lo silbé! Dos ó tres espectadores protestaron, se entabló discusión, y de ella salieron dos ó tres voces conocidas.

— ¡Eh!

— ¡No incomodarse!

— ¡Acá estamos todos!

¡Tres conocidos, cuatro, siete! Un estudiante de medicina, un pintor español, la hija de mi lavandera, el conserje de la Biblioteca... ¡Arrojé las castañas, y huímos!

A la vuelta me detuve á contemplar la corriente del río que amenazaba tragarse á París; á su imponente són todos mis pensamientos se fundieron en uno... ¡Quién sabe si ahora pasará por debajo de mi el cadáver de algún desesperado que acabará de arrojarse al río por verse tan solo!

EUSEBIO BLASCO.

Sonetos

Yo, á mí mismo, en mis días

No son mis hijos con amante beso
Los que celebran de mi nombre el día;
Es el mundo oficial el que me envía
Hoja tras hoja de papel impreso.
Amigos cariñosos con exceso
Toman parte también en la alegría,
Y juntos amistad y cortesía
Convierten la costumbre en un suceso.
Yo ¿qué me he de decir? ha muchos años
Que triste me contemplo y me saludo,
Siéndome igual los bienes que los daños;
Y hoy á la cita del deber acudo
Pidiendo á Dios me evite desengaños
Y me haga muy dichoso (que lo dudo).

Á Miguel Garbiso

EN CONMEMORACIÓN DE UNA FIESTA

Una comida espléndida; un soneto,
Y una grata y hermosa compañía:
Lúculo, con ser Lúculo, no habría
Ofrecido un obsequio más completo.
Todo lo encontré bien; pero, en secreto,
Lo mejor de tu hogar, por vida mía,
No es aquel vino que la España cría,
Y al que faltar me hicistes al respeto.
Lo mejor, y perdona mi franqueza,
Propia de un trovador viejo y casado,
Idólatra del arte y la belleza,
Son tus hijas, Miguel, á cuyo lado
Se olvidan la inquietud y la trizteza,
Y se piensa en amar y en ser amado.

A un pobre rico

¡Es tu empeño ridículo, camueso!
Yo pudiera admirarte y aun quererte,
Maldecirte tal vez y aborrecerte,
Envidiarte... ¡jamás! no doy en eso.
Aunque superes en fortuna á Crespo,
Aunque á Sansón iguales en lo fuerte,
Aunque tu esclava juzgues á la suerte
Y halles siempre una boca para un beso,
Benditas mi ansiedad y mi zozobra
Que prefiero á la dicha que te exalta
Y de un acaso estúpido es la obra:
Sigue, pues. sigue, y hasta el cielo asalta,
Cuanto los hombres pueden dar te sobra,
Pero ¿quién te dará lo que falta?

Á Miguel Garbiso

CONTESTANDO Á SU SONETO

Tras un festín, como tu afecto, grato,
El soneto recibo que me ofreces,
Y tanto en él mis dotes encareces,
Que tengo casi envidia del retrato.
No soy de tu opinión, aunque la acato;
Mas si has de convidarme algunas veces,
Tú pondrás las tajadas y los peces,
Y yo daré los versos de barato.
Aplaudo tu soneto primerizo;
Pero al verte aclamado entre Galenos,
Y al mirar de tus hijas el hechizo,
Pienso, y el caso á fe no es para menos,
Que era mucho pedir que quien tal hizo,
Lograra hacer también sonetos buenos.

MANUEL DEL PALACIO.

(PASATIEMPO)

Si la ciencia popular estuviese contenida (como dicen y piensan, ó dicen sin pensarlo muchos) en los refranes, sería necesario reconocer que había en esa ciencia muchas contradicciones y muchas inexactitudes.

No con quien naces, sino con quien paces, dice un refrán, en el que se aconseja lo que no quiero explicar, porque haciéndolo, inferiría ofensa á la perspicacia de mis lectores.

En mal y en bien, á los tuyos te ten. y *Cada oveja con su pareja,* son dos refranes en cada uno de los cuales se aconseja precisamente lo contrario de lo que se aconseja en el antes citado.

Vale más gran esperanza que ruín posesión, y *Vale más pájaro en mano que buitre volando,* son dos refranes cuyo antagonismo y consiguiente incompatibilidad no pueden ser más manifiestos.

Al que madruga, Dios le ayuda, y *No por mucho madrugar amanece más temprano,* refranes son también cada uno de los cuales enseña justamente lo contrario de lo que enseña cada otro.

No prosigo en la tarea de copiar refranes que se contradicen unos á otros, y se destruyen como en álgebra las cantidades iguales y de signo contrario. La tarea resultaría interminable, y además habría de ser completamente inútil. Bastan los citados para demostrar lo que he dicho de que existen contradicciones entre unos y otros aforismos de la sabiduría popular, y poco trabajo costará á quien pretenda hacer por sí mismo la experiencia, buscar en nuestros refraneros sentencias, máximas, adagios, etc., etc., en que se asientan afirmaciones mutuamente contradictorias.

Pero he dicho también que en muchos refranes es notoria, es evidente la inexactitud. Ya en el concepto, ya únicamente en la forma.

Como muestra de estos refranes inexactos, voy á citar uno solo; es, á saber, el que dice: *Quien da pan á perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro.*

Prescindo ahora, y no es poco prescindir, de lo antifilantropico del consejo, que es, evidentemente, un ataque á la caridad, y sólo me fijo en la inexactitud evidente en que incurrió quien dijo que puedo perder lo que no es mío.

Si el perro, al que doy pan, no es mío, claro está que, aun quedándome sin el animal, no lo pierdo. El pan podré perderlo: el perro no.



Brisa de primavera

Paréceme, por consiguiente, que para expresar con toda exactitud lo que el inventor de ese aforismo, ó lo que sea, quiso decir, habría de dársele esta forma:

Quien da pan á perro ajeno, pierde pan sin ganar perro, ó bien: gasta pan sin cobrar perro, lo cual sigue siendo poco caritativo y nada cristiano; pero tiene más exactitud.

En esta forma ó en la otra, el refrán tiene también su contrario, que es el que nos enseña: *Haz bien, y no mires á quién,* enseñanza más noble, más sana y menos egoísta que la otra.

Y pongo término en este punto á mis lucubraciones; pues, ya que de refranes se trata, no quiero olvidar lo que aconseja uno, para el cual no he hallado antagonismo: *De lo malo, poco.*

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

El castigo de un Buseón

«Aunque, hace tiempo, de canas
se me va el palo llenando,
que por pocas no me pinto,
y por muchas no me arranco;

aunque me faltan seis muelas,
tres de arriba y tres de abajo,
y anduviera bien de dientes
á no echar de menos cuatro;

aunque, como aquel don Lucas,
soy un par de pocos calvo,
tres pocos verde moreno,
y cuarenta muchos zambo;

por más que sirva de adorno
la fatai pata de gallo

á mis ojos, que no tienen
más belleza que ser zainos;

por más que á mi voz, que nunca
tuvo los registros altos,
le hayan atiplado el tono
las toses y los catarros;

de tal manera las hembras
sienten aversión al claustro,
que más de cuatro me adoran
como reliquia de santo.

Para librarme de asedios
ando há tiempo pregonando
que soy, sino Puñonrostro,
conde de Puño-apretado.

Todas saben por mi boca
que en repulgos no me paro
y siendo en amor tomista
tengo á Scotto por contrario.

Pues bien, si con estas partes
y otras muchas que me callo,
porque pasar no quisiera
á tus ojos por tacaño,

como te he dicho, mi vida,
tal me incitan al pecado
que para ser San Antonio
no me falta más que el guarro;

no creo que ha de extrañarte
que aquel papel perfumado
que de tu parte una dueña
puso anteayer en mi mano,

en vez de causarme risa,
me haya producido espanto,
que me prueban sus razones
que no está tu juicio sano.

¿Merienditas en el río
á mí? ¿Te ha tentado el diablo?
¿No sabes que no meriendo
jamás si la costa pago?

¿Zorcillos me pides, boba?
¿Y dices que son baratos?
Siempre tuve por principio
que es mucho más el no darlos.

¿Ventanas para los toros?
No quiero, por si me caso,
ver martirizar á nadie
que pueda llamarme hermano.

Palabra de casamiento
das á entender que te he dado
y dices que cuando quiera
te puedo llevar al tálamo.

Lo de la palabra niego,
que soy hombre reservado;
pero lo de cuando quiera,
no me ha salido tan malo.

Que como yo sé que nunca
he de querer dar tal paso
si «cuando yo quiera» dije,
del dicho no me retracto.

No siendo en las cosas dichas
ó en otras que cuesten algo
mándame lo que quisieres,
pero con porte pagado.

Mil encomiendas te envío,
que en dar éstas no me paro,
á esa respetable tía,
de tus castidades Argos.

Y rogándote medites
que contar con mis ducados
es como aquel que mendrugos
buscara en cama de galgos,

quedo á tus pies, de rendido,
pero no de saqueado,
aunque con la bolsa entera
con el alma hecha pedazos.»

—
Esta carta, cierto día,
escribió un sesudo hidalgo,
á una virtud con más tachas
que libro de luterano.

Pero es lo raro del cuento
que á los dos meses escasos,
con admiración de todos
con ella estaba casado.

Y es fama que, sin hacienda,
pero muy contento al cabo,
en premio á su mansedumbre
murió en opinión de santo.

ANGEL R. CHAVES.

F. PAUWETS



La última visión

En marcha

Silba la locomotora
y emprende su marcha el tren;
y hay quien llora en el andén,
y hay quien en el coche llora,

junto al que nada mohino
lo contempla indiferente
y lo más cómodamente
se arregla para el camino.

La marcha que era benigna
se acelera con ruido
y en las sombras escondido
hay quien reza y se persigna;

así exclamo con afán
contemplando á todos bien:
¡Cuántos lleva cada tren
que no saben por qué van!

Mece el brusco movimiento
las ventanillas cerradas,
que son á nuestras miradas
como cristales de aumento

de estereóscopo gigante,
á cuyo través se ofrecen,
y pasan, y desaparecen,
mudándose á cada instante,

ya el alto y lejano monte
que envuelve ligero velo,
ya el brillante azul del cielo
que oculta luego un desmonte,

ora roble solitario,
ó pintorescas aldeas
con sus negras chimeneas
y su viejo campanario;

todo en rápida corriente
y al compás de aquel ruido
que acrece fuerte silbido
ó el paso de férreo puente.

Cuando surge de la noche
la leve sombra primera,
y la media luz impera,
alegra, ver desde el coche,

como de vuelta á su casa,
en medio de su camino,
se detiene el campesino
por mirar el tren que pasa,

y del alto terraplén
ver el miserable arroyo
como refleja en un hoyo,
el raudo paso del tren.

Y ver el ave que trina
en un alambre posada,
mientras la sierpe enroscada
en un poste está vecina,

y la silueta perdida
de la lejana montaña
y el rayo de luz que baña
leve nube suspendida;

hasta que los ojos llegan
de tanto mirar rendidos,
á cerrarse adormecidos,
y á dulce quietud se entregan,

que al fin todo causa enojos
con implacable crudeza,
y hasta la misma belleza
llega á cansar nuestros ojos.

FEDERICO RAHOLA.

La Cruz que llevas al cuello...

Te querellas porque sello
el labio con un suspiro
tantas cuantas veces miro
la cruz que adorna tu cuello.
Cuando enmudeciendo hallo
la respuesta, amable juntas
tus manos, y me preguntas
porque suspiro y me callo.
Una vez, cincuenta, ciento,
amarme siempre juraste,

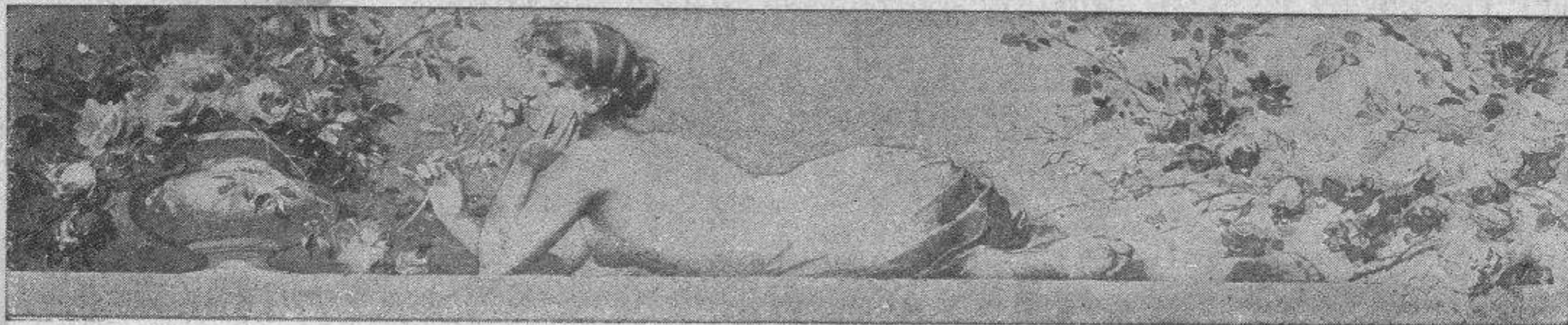
mas con tu amor diste al traste
faltando á tu juramento,
ante esa cruz que la historia
del mundo cristiano abarca
y á los creyentes nos marca
el sendero de la gloria.
A maldecirte me hostiga
tu traición: el labio sello...
La cruz que llevas al cuello
manda que no te maldiga.

ANTONIO SOLER.

BOUGUEREAU



En la playa



La riqueza de los pobres

En una ciudad grande, muy grande, había un hombre rico, muy rico. Como buen judío, ganaba dinero comerciando con toda clase de objetos. Lo mismo hacía el negocio de banca que compraba partidas de trapos sucios; así hacía á los gobiernos un empréstito como vendía vidrio roto. Sus almacenes eran amplios y estaban atestados de mercancías. Los diamantes estaban al lado del boñigo, y para todo había sitio, y todo era bueno para ganar dinero.

Un día se le presentó un hombre miserablemente vestido que traía una maletita de mano.

— ¿Qué queréis, hermano? preguntó el judío.

— Saber si tenéis dinero bastante para comprar la mercancía que os vengo á ofrecer. Si así fuere, haríamos los dos una buena obra y un gran negocio. Vos tendríais para vender á los ricos una mercancía que es nueva, que no puede ahora comprarse, y yo acabaría con la miseria, que es la compañera de millones de hombres. Pero lo que temo es que no seáis bastante rico.

— ¡Bah! Tengo tantos millones como años. ¿Dónde tenéis esa mercancía?

— Aquí.

— ¿En esa maleta? Aunque fueran los diamantes más gruesos del Cabo, tengo dinero para pagarlos.

— Entonces, ved.

Y el hombre abrió el saquito y aparecieron una porción de papeles viejos, de trapos de distintos colores, de mechones de pelo, de cuartillas á medio llenar.

— Eso es el tesoro de los pobres, dijo el hombre. Aquí hay las ilusiones de muchas razas, las esperanzas que no mueren, las ambiciones que se cumplen, los deseos que cristalizan en realidades, la génesis de mil obras maestras. Aquí alienta el amor que no se extingue, todas las pasiones nobles que son patrimonio de las grandes inteligencias, la caridad que no se agota, la compasión que es fuente eterna de consuelo. Ved ahí reunidas todas las ilusiones, antiguas como el hombre, eternas como lo infinito. Por ellas las masas se reproducen entre la miseria, y la sombra esperando la luz que ha de brotar fulgurante de su seno; por ellas se cumple la labor inacabable de las razas desheredadas y no sube una queja á los labios ni la ola roja al cerebro anémico, porque al estómago le faltan alimentos; por ellas los hombres son felices en el seno de la pobreza que roe y en el fondo de la cárcel, y se lanzan á morir contra una trinchera, tomando una batería, cargando una mina, limpiando pozos negros, cuidando apestados, tomando contacto con los leprosos; por ellas las mujeres viven dichosas entre la ignominia y la tiranía, y no ahogan la vida nueva que empieza á palpar en sus entrañas cuando la concepción se ha realizado. Esos papeles que veis aquí son la esencia misma de la vida, su más alta recompensa y su finalidad más alta. Trocad por ellos millones y millones. Es un negocio de oro. Yo daré esos millones á los miserables; haré que conozcan, aunque no sea sino por un día, las dichas y placeres materiales de que están privados, y vos, en cambio, podéis dar á los ricos una felicidad desconocida para ellos, despertar sus inteligencias obtusas ó atrofiadas, suavizar con el rocío santo de las ilusiones esas existencias áridas donde no hay un Moisés que abra los Pozos de Bendición. ¿Cerramos el trato, judío?

— No, hermano. Razón tenías en afirmar que carecía de dinero para pagar este tesoro. No, no puedo comprártelo. Todo el oro del mundo reunido en un montón no podría equivaler á la molécula más pequeña que esa maleta encierra. Los ricos no pueden comprar esos tesoros.

El hombre salió del almacén del judío. Y cuando estuvo lejos de toda habitación esparció al viento el contenido del prodigioso maletín para que los humildes, aquellos que el trabajo encorva ó el combate derriba, recogieran sus partículas preciosas.

Y por eso la ilusión continúa siendo patrimonio de la pobreza, y los ricos no pueden comprarla. De esencia noble y pura, repugna el tráfico; no se vende.

A. RIERA.



JAPONISM

JAPONISM

- De la embajada y con chuletas?
- ¡Me paice que te la pegan!

- Abanicos japoneses auténticos! ¡a' novo gorio!
- ¡Fampro-co!

¡Pintura modernista!
¡Nosotros lo hacemos mejor!

- ¿Este individuo, es español ó chino?
- Chipatón, ¿por que lo pregunta?
- Por la coleta.

FACSIMIL JAPONES -
UNA CORRIDA DE TOROS -
Xandano



En una sesión de espiritismo:

—¿Cuántos hijos tengo? pregunta al *medium* una señora casada.

—Cuatro, contesta aquél.

—¡Caracoles! ¡Pues es cierto! dice el marido. Ahora me toca á mí.

Y dándoselas de listo, pregunta:

—Y yo, ¿cuántos hijos tengo?

—Dos.

El desdichado esposo cayó de espaldas.



No teniendo Juan Martí
oficio ni beneficio,
se hizo cómico y así
no llegó á tener oficio,
pero *beneficio* sí.



Leo:

«Todos los periódicos atribuyen gran importancia á las declaraciones del señor Sagasta.»

Hombre, no. ¡Todos no!

Yo soy periódico... y juro que no me ha quitado un solo minuto de sueño la idea de que el señor Sagasta declare lo que se le antoje.

¡Ya ven ustedes como no todos los periódicos atribuyen gran importancia á esas declaraciones!



Un dije de Similor
regaló Ramón á Estrella;
indicio consolador
que dice que tampoco ella
le dió á él cosa mayor.



Una *horizontal*, que tiene un miedo horroroso á las viruelas, se decide á llamar al médico.

—Doctor, ¿en qué sitio podría usted vacunarme para que no se me viera la señal de la vacuna?

—Difícil será.

Correspondencia

A. T. de M.—Barcelona.—Contestaré particularmente.

E. L.—Madrid.—No ¡si no es eso! Es que los *diálogos chulescos* están ya mandados recoger. Uno hay que los hace

sentidos y con gracia: López Silva. Y ninguno más, amigo mío, ninguno más.

Melón de Añover.—Pues... no os quiero responder, por la sencilla razón de que sois... *eso*: un melón de Añover.

J. S.—Sevilla.—Dios le dé á usted un duro por cada vez que se ha escrito eso mismo. Y es tanto como desear que Dios le haga á usted millonario.

G. de P.—No parodie usted á Becquer, joven cuitado, que eso está ya hace tiempo desprestigiado.

G. G.—Barcelona.—Eso es ¡ay! soberanamente malo.

S. F. de la G.—Madrid.—Eso es ¡ay! inconmensurablemente sucio.

Quinto.—Córdoba.—Y eso es ¡ay! encantadoramente cursi.

Ariosto II.—Bueno; pero llamar á un barco *pez ENRISTRADO* que en los mares NADA es sencillamente una atrocidad. Y en cuanto al verso *como montes de argentada espuma* creo que debía usted sacarlo al sol y tenerlo allí un buen rato. ¡A ver si con el calor, que dilata los cuerpos, logramos que aumente y se haga endecasílabo!

C. D.—Madrid.—¿Colorines aquí? ¡No, por mi vida! ¡Antes la muerte horrible del suicida!

D. G.—Madrid.—¿Acrósticos? ¡No, por Dios!

H. H. H.—Palma.—Y lo mismo os digo á vos.

Señores A. M., *Arevalito*, *Mosca viuda*, D. de S., A. P. y *Un barbián* (Barcelona).—D. C. (Sevilla).—D. M., *El de los palotes*, B. C. R. y *Quintín Panderos* (Madrid).—M. de M. (Calatayud) y O. G. (Valencia).—No son publicables. Y dispensenme ustedes, por Dios, que no les diga por qué!

Y... lo de siempre: quedan infinidad de cartas por contestar.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA
Rambla del Centro, Kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona